

I

Por la mañana canta en el baño. Os podéis imaginar la jovialidad de este hombre, la salud de la que goza. El deseo de cantar brota en él de forma involuntaria. Esas canciones suyas, en las que no hay melodía ni palabras, sino sólo un «ta-ra-rá» entonado a voz en grito, en diferentes tonalidades, pueden interpretarse así:

«¡Cómo me gusta vivir...! ¡Ta-rá! ¡Ta-rá! Mi intestino es elástico... Ra-ta-ta-ta-ra-rí... Los jugos fluyen dentro de mí correctamente... Ra-ta-ta-du-ta-tá... Contráete, intestino, contráete... ¡Tram-ba-ba-bum!».

Cuando sale por la mañana de su dormitorio y pasa por delante de mí (yo me hago el dormido) para ir a la puerta que conduce a las entrañas del apartamento, al baño, mi imaginación se va tras él. Oigo el estruendo en el pequeño retrete, demasiado estrecho para su voluminoso cuerpo. Su espalda roza con la parte interior de la puerta después de cerrarse bruscamente, sus codos chocan con las paredes y agita las piernas sin parar. En la puerta del baño está fijado un cristal mate de forma ovalada. Él gira el interruptor, y el óvalo, iluminado por dentro, se convierte en un maravilloso huevo opalescente. Veo, en mi imaginación, ese huevo que cuelga en la oscuridad del pasillo.

Pesa casi cien kilos. Hace poco, mientras bajaba una escalera, se percató de que los pechos le temblaban al ritmo

de sus pasos. Por eso ha decidido añadir una nueva serie de ejercicios a su tabla de gimnasia.

Es un magnífico espécimen del género masculino.

Habitualmente no hace gimnasia en su dormitorio, sino en la habitación sin uso específico donde me alojo yo. Es más espaciosa; en ella hay más aire, más luz, más sol. El fresco penetra por la puerta abierta del balcón. Y además hay un lavamanos. Trae una esterilla de su dormitorio. Va desnudo hasta la cintura; lleva unos calzoncillos de punto que se abrochan con un botón en medio del vientre. El mundo azul y rosado de la habitación gira en la lente nácar del botón. Cuando se tiende boca arriba sobre la esterilla y comienza a levantar las piernas por turnos, el botón no resiste. Su ingle queda al descubierto. Una ingle magnífica. Una tierna mancha rojiza. Un rinconcito vedado. La ingle de un industrial. Una vez vi una ingle así, de la misma cualidad mate de la gamuza, en un antílope macho. Una mirada suya, y las corrientes del amor se desatan entre las chicas que trabajan para él, sus secretarias y dependientas.

Se lava como un niño: sopla, bailotea, resuella, aúlla. Coge el agua a manos llenas y, antes de que ésta le llegue a las axilas, se desparrama sobre la esterilla. El agua salpica la paja con gotas grandes, cristalinas. La espuma, al caer en el lavamanos, crepita como una crep. A veces el jabón lo ciega: entonces, echando pestes, él se enjuga los párpados con los pulgares. Cuando hace gárgaras, monta un escándalo. Bajo el balcón la gente se para y levanta la cabeza.

Es la más rosada y tranquila de las mañanas. La primavera está en su plenitud. En todos los alféizares de las ventanas hay macetas con flores. A través de sus grietas asoma el bermellón del inminente florecimiento.

(Las cosas no me quieren. Los muebles tratan de ponerme la zancadilla. Una vez, la esquina de un mueble lacado me mordió, literalmente. Mi manta y yo siempre hemos tenido una relación complicada. La sopa que me sirven a mí nunca se enfría. Si una fruslería cualquiera—una moneda o un gemelo—cae de la mesa, por lo general va a parar debajo de un mueble difícil de mover. Yo me arrastro por el suelo y, al levantar la cabeza, veo al aparador riéndose de mí).

Las cintas azules de los tirantes le cuelgan a ambos lados del cuerpo. Va a su dormitorio, encuentra los quevedos encima de la silla, se los pone frente al espejo y vuelve a mi habitación. Ahí, de pie, en medio del cuarto, se sube los tirantes, los dos a la vez, con tal movimiento que parece cargarse un peso a las espaldas. No me dirige la palabra. Yo finjo dormir. Dos haces ardientes de rayos solares se concentran en los pasadores metálicos de sus tirantes. (Las cosas le quieren).

No necesita peinarse, ni tampoco arreglarse la barba y el bigote. Lleva el pelo al rape y un bigotito bien recortado a ras de nariz. Parece un niño gordinflón ya entrado en años.

Coge un frasco. El tapón de cristal emite un leve tintineo. Vierte agua de colonia en la palma de su mano y se la pasa por el globo de la cabeza: desde la frente hasta la nuca, y a la inversa.

Por la mañana bebe dos vasos de leche fría. Coge una jarrita del aparador, se sirve la leche y bebe, sin tomar asiento.

La primera impresión que tuve de él me desconcertó. Nunca habría podido pensar ni imaginar la existencia de semejante individuo. Estaba enfrente de mí, perfumado con lavanda, con su elegante traje gris. Tenía los labios levemente abombados, jugosos. Era, a todas luces, un petimetre.

A menudo, por la noche, me despierta su ronquido. Amodorrado, no acierto a comprender qué es lo que ocurre. Una voz amenazante parece repetir una y otra vez: «Krakak-tú... krra... ka... tuuú...».

Le han concedido un apartamento estupendo. ¡Qué jarrón tiene junto a las puertas del balcón, sobre un pedestal lacado! Un jarrón de la porcelana más fina, alto y panzudo, cuya transparencia revela un rubor delicado. Uno no puede evitar pensar en esa ave llamada flamenco. El apartamento está situado en el segundo piso. El balcón flota en la levedad del espacio. La amplia calle de las afueras parece una carretera. Abajo, en la acera de enfrente, hay un jardín; un jardín frondoso, de tupida arboleda, típico de las afueras de Moscú, un agolpamiento caótico que ha crecido, como en un horno, entre las tres paredes de un solar.

Es un glotón. Suele comer fuera de casa. Anoche volvió hambriento y decidió picar algo. No encontró nada en el aparador. Salió (hay una tienda en la esquina) y volvió con un montón de cosas: doscientos cincuenta gramos de jamón, una lata de boquerones, caballa en conserva, una barra grande de pan, una buena medialuna de queso ho-

landés, cuatro manzanas, una docena de huevos y un bote de mermelada El guisante de Persia. Pidió una tortilla y té (la casa cuenta con una cocina comunal donde dos cocinearas sirven por turnos).

—Zampe, Kavalérov—me invitó, al tiempo que se abalanzaba sobre la comida.

Comió la tortilla directamente de la sartén, rompiendo los trozos de clara como si desconchara esmalte. Los ojos se le inyectaron en sangre, se ponía y se quitaba los quevedos, chasqueaba los labios, resoplaba, se le movían las orejas.

Me entretengo con mis observaciones. ¿Os habéis fijado en que la sal cae de la punta del cuchillo sin dejar rastro alguno y en que el cuchillo brilla como si nada lo hubiese tocado; que los quevedos se desplazan por el caballete de la nariz como una bicicleta; que el ser humano está rodeado de inscripciones diminutas, un hormiguero desmandado de minúsculos epígrafes: en los tenedores, en las cucharas, en los platos, en la montura de los quevedos, en los botones y en los lápices? Nadie repara en ellas. Libran una batalla por la existencia. Pasan de una forma a otra hasta convertirse en las enormes letras de las carteleras. Se sublevan, clase contra clase. Las letras de las placas con los nombres de las calles hacen la guerra a las letras de los carteles.

Se dio un atracón de padre y muy señor mío. Por último, se precipitó hacia las manzanas cuchillo en ristre, pero en cuanto cortó el pómulo amarillo de una la tiró.

Un comisario del pueblo, en un discurso, dijo de él, con elevadas palabras de elogio:

—Andréi Bábichev es uno de los hombres más notables de este país.

Él, Andréi Petróvich Bábichev, es el director de un trust de productos alimenticios. Es un gran fabricante de salchichas, pastelero y cocinero.

Y yo, Nikolái Kavalérov, soy su bufón.